

sidó el de todos los hombres para conocer á Dios) es un juego de voces y una mera impostura. (*Véase el capítulo 3º del tomo 1º de los Fundamentos de la Religión, donde hemos tratado de propósito este punto.*) Pero aun confiesa el dogma de la *creacion* por otro camino. Rousseau reconoce las almas humanas como sustancias espirituales; y para probarlo, especialmente en su *Discurso sobre la desigualdad de los hombres*, se vale del solidísimo argumento de la *libertad*, de la cual todos tenemos un sentimiento íntimo, y no puede convenir sino á un ser espiritual. Aun mas: reconoce y confiesa que el alma humana está sujeta á Dios, soberano Legislador, supremo Juez, y de quien debe recibir premio ó castigo en la otra vida. Oigasele sino en el *Emilio* ¹. «Lo que importa saber es que existe un Arbitro de los hombres... que á » todos nos manda ser justos y amarnos recíproca- » mente.... y además que despues de la presente hay » otra vida, en la que este Ser supremo será remunera- » dor de los buenos y castigará á los malos.» Hasta aquí Rousseau. Ahora bien, ¿de dónde, diremos á Rousseau, traen su origen, ó cómo es que existen estas ánimas humanas? ¿Han salido del seno de la materia? Seguramente no, pues son sustancias espirituales. ¿Son increadas? Si tal fuesen serian entes perfectísimos é infinitos; y entonces, ¿cómo dependerian de aquel Ser supremo de quien no habian recibido la existencia ni la conservacion? ¿Cómo podria él dar leyes en esta vida, y premios ó castigos en la otra á sustancias que no habia criado, y por consiguiente no tenían relacion con él, sino que subsistian por sí y en sí mismas? Solo el título de Creacion puede fundar este derecho. Luego ó Rousseau debe negar cuanto ha escrito acerca de la naturaleza del alma del hombre y de la soberanía del Ser supremo, y caer por lo tanto en un abismo de errores los mas vergonzosos y repugnantes, ó debe reconocer y confesar la Creacion. Y sea esta una nueva prueba de que nuestros libertinos, abandonando los dogmas de la Religión, cómo contrarios á su delicado modo de pensar, caen despues en pensamientos y sentencias las mas irracionales y monstruosas.

¹ *Emil.*, t. IV, pág. 87.

CAPÍTULO III.

Vano triunfo de los incrédulos contra el sistema de la Religión, fundado sobre el Origen del mal.

1. *Objecion general de Epicuro tomada del origen del mal. Impías consecuencias que han deducido de él los enemigos de la Religión.*

Uno de los sofismas mas decantados y mas antiguos que se ha oido y se oye cada dia en boca de los incrédulos, y en que ponen mayor confianza para impugnar la Religión, es el que se toma de los males, así físicos como morales, que hay en el Universo. Estos males, dicen, no se pueden conciliar de manera alguna con las perfecciones infinitas de un Dios, autor y gobernador de todas las cosas, cual nosotros confesamos. Porque «ó él (así argüia Epicuro como nos refiere Lac- » tancio) ¹ quiere quitar estos males del mundo y no » puede; ó puede y no quiere; ó ni lo quiere ni lo » puede; ó finalmente lo quiere y lo puede. Si quiere » y no puede, será débil; si puede y no quiere, será en- » vidioso; si ni puede ni quiere, le falta el poder y la » bondad; y por consiguiente no es Dios. Si puede y » lo quiere, que es lo que conviene á Dios, ¿cómo es » que hay males en el mundo? ¿De dónde han venido? » ¿Quién los ha producido?» De estas premisas infieren algunos con el citado Epicuro, que Dios no cuida de las cosas del mundo; y estos son los Deistas que niegan la Providencia: otros con Zoroastro y los Maniqueos, establecen el sistema de dos Principios eternos, independientes, infinitos; bueno el uno y malo el otro; autor el uno de todos los bienes, y origen el otro de todos los males. Error que Bayle en su *Diccionario* apoya con

¹ Lactanc. de *Tra Dei*, cap. 13.

todas sus fuerzas ¹; y sofisma de que se sirve para establecer el Pirronismo ², procurando poner en oposicion á la Religion verdadera con la recta razon; como que aquella enseña que todo depende de la providencia de un Dios infinitamente poderoso y bueno; y esta demuestra á su parecer que la permision del mal no puede conciliarse con aquellos atributos. De todos estos semblantes se revisten los enemigos de la fe, y con un tono ya grave, ya festivo, exagerando la perversidad y las miserias del Universo, ya se hacen Deístas, ya Dualistas, ya Pirrónicos, y últimamente Ateístas; sin otro fundamento ni mas razones que el no saber conciliar estos males con los divinos atributos.

II. *Simil que hace conocer la futilidad de estas objeciones.*

Si hemos de expresar lo que sentimos, acaso no hay argumento en que con mas claridad nos hagan ver los incrédulos aquella *prevoracion de entendimiento*, ó sea irracional y siniestro modo de discurrir, que nos hemos propuesto mostrar en este libro como *segunda Fuente de su Impiedad*. Permitásenos anticipar á las razones abstractas con que se ha de disipar despues este sofisma, un Simil que lo haga palpable á los mas sencillos. Figurémonos en Jerusalem en tiempo de Salomon, puntualmente en aquellos dias en que entrando en la ciudad la Reina Sabá, aquél Príncipe quiso hacer ostentacion de su grandeza, puso en orden é hizo vestir de gala toda la corte, y parte por parte la fué mostrando los atrios, salas, gabinetes y jardines de su palacio, el orden de sus criados y sirvientes, las habitaciones de los sacerdotes en el templo, el número y diversidad de las víctimas, las varias series de Ministros, con los vasos y ornamentos, y todo lo demás perteneciente al decoro del palacio y servicio de la Religion; á cuya vista absorba aquella Princesa, notando la distincion y la conexion tan sabia y oportuna de todas las cosas, no sabia cómo expresar su admiracion. Supongamos pues que con esta ocasion llega y se introduce un toscó y bárbaro

¹ *Diccion. crit*, art. *Manicheos*. — ² *Ibid.* art. *Pirron*.

habitante de la Arabia desierta, de la abrasada Libia ó de la fria Laponia, que vá entre los demás mirando todas aquellas grandeas.

Sorprendido al principio de la magnificencia y esplendor de tantos objetos, no puede menos de asentir á lo que oye á los circunstantes, y á lo que la fama publica de que es un grande y poderoso señor el que tantas, tan bellas y grandes cosas ordenó y dispuso tan oportunamente: con todo eso figurémonos que llegando á ver en una parte del palacio una cocina con su hogar negro y ahumado, en otra una caballeriza ó establo con el estiércol de las bestias, en otra una escalera oculta y estrecha, mas allá pasadizos angostos que conducen á lo interior de palacio, figurémonos que ofendido de esto principiase á censurar la obra, y á dudar de la sabiduria de quien la ideó. Que viendo luego degollar centenares de corderos y toros, y consumir las carnes en el fuego; mirando los personajes vestidos de trajes extrañamente diversos; notando que algunos se estaban tranquilos y quietos al pié del trono, otros sudaban afanados en oficios mecánicos, aquellos gemian cerrados en las prisiones ó eran castigados por las calles, inquieta su fantasía se disgustase de los mencionados objetos, y á pesar de los infinitos y visibles testimonios de sabiduria, de magnificencia, y de perfeccion que á cada paso se le presentaban, pareciéndole que tales cosas no se podian de modo alguno conciliar con el carácter de un Señor potentísimo y bondadoso, repitiese el argumento de Epicuro y de nuestros modernos deístas; á saber: Ó Salomon podia remover toda fealdad de las cocinas y de los establos, y hacerlos espléndidos, ricos, y adornados igualmente que las salas y demás habitaciones; disponer las escaleras todas igualmente magníficas; y los pasadizos espaciosos como los atrios; distribuir al pueblo todas las carnes que sacrifica; vestir con traje igualmente pomposo á los galopines de la cocina que á sus pajes; abrir las cárceles, y dar la libertad y la vida á tantos infelices; en suma, ó podia excluir de su palacio y de su capital tantos desórdenes y miserias, y no quiso; ó quiso, y no pudo. Si quiso y no pudo, no es tan poderoso como se dice: y si pudo y no quiso, seguramente no es tan buen Rey

como se proclama. Y que agitando este pensamiento entre sí mismo, conclúyese que en aquella ciudad, además del rico y buen Salomon, autor de las bellas y magníficas obras, debía haber y había otro tirano de genio fiero y perverso, de quien procedían los desórdenes, las opresiones y demás miserias; ó que el Salomon tan celebrado no atendía á estas obras ni á esta ciudad, y seguramente no era tal como se decia: ¿habria quien no mirase con desprecio ó con compasion á aquel rústico ignorante? Si alguno hubiese tenido la paciencia de escucharle, y tomádose el empeño de responder á tan estólido razonamiento, ¿qué le hubiera dicho? Necio, le diria, verdaderamente das á conocer tu ignorancia y necedad. Censuras como estrechas y faltas de adorno algunas partes y estancias de este vasto palacio; pero ¿has visto todo el diseño? ¿Comprendes las reglas de la arquitectura? ¿Entiendes cuáles son los objetos particulares de cada una de las partes, y cuál la conexión recíproca y comun de todas ellas? Y sin comprender fundamentalmente todo esto, antes bien ignorándolo todo, ¿te atreves á decidir y censurar? ¿No sabes que los que viven en este palacio han de comer? Luego debe haber cocinas, y hogares, y humo. De este palacio debe salir un Rey en su carroza; luego es preciso que haya caballos y establos donde estos se hallen. Este aposento quedaria cerrado si no hubiese aquel pequeño pasadizo; ni se podria subir secretamente á lo alto sin esa escalera secreta y estrecha. Oye mas: Tú condenas que consuma el fuego tantas carnes de cabritos y de toros, sin darlas para que coman los pobres¹; vituperas la desigualdad de los trajes, tratas de crueldad las prisiones y de injusticia los castigos. Pero ¿sabes los fines que se ha propuesto en ello Salomon? Entiende pues, que con los holocaustos de los animales cumple santamente este Rey los deberes de una Religion santa que profesa, de la que tú no tienes ni un pequeño vislumbre. Aquella desigual-

¹ Esta ha sido siempre la queja de los impíos contra las riquezas y gastos del templo: ¿es caridad para con los pobres? no: *Dixit, non quia de egenis pertineret ad eum, sed quia fur erat, et ea quæ mittebantur, portabat.*

dad de trajes corresponde á la diversidad de los oficios, que á tí son enteramente desconocidos. Las prisiones tienen custodiados á los perturbadores de la tranquilidad pública, é impiden sus excesos; y aquella espada con la muerte de algunos particulares, promueve y conserva el bienestar de toda la ciudad y del reino entero. Ve aqui, pues, justificado el proceder de este Monarca, que á tí por tu ignorancia parece tan extraño. Mas dado que yo no te hubiese explicado todo esto, dime, ¿podrias tú estar seguro de que en el entendimiento de un hombre tan grande, cuyas obras maravillosas estás viendo, no podria haber estas y otras razones poderosas para hacer sabia y justamente lo que ha hecho, aunque tú las ignorases? Para decidir con esa arrogancia debieras haber comprendido antes el designio del mas sabio de los hombres; conocer lo que esta su sabiduría dicta y exige de él como hombre, como religioso, como político y como monarca, para persuadirte de que en los senos de tan vasta sabiduría, y en las amplias miras que dirigen y gobiernan toda esta metrópoli, no puede haber razón alguna que purifique las obras y acciones que condenas. Confúndete y confiesa la necedad de tu discurso; y entiende que Salomon podia muy bien quitar absolutamente de su palacio y ciudad los que tú llamas desórdenes y miserias; mas no lo consiente aquella sabiduría que concilia su poder con su bondad, y arregla sus efectos. Abrazando el conjunto de todas sus grandes obras, verás que está muy ordenado en ellas lo que á tí parece desordenado; y teniendo miras y razones desconocidas y superiores á tu ignorancia, justísimamente no remueve de su metrópoli los parciales y pequeños defectos que has notado, por las mayores ventajas y bien universal que de ahí resultan.

III. Aplicación del simil. Muéstrase el defecto de la objeción, la cual se desvanece por sí misma.

Hagamos ahora la aplicación á nuestro asunto. Este nuestro Globo es un punto poco menos que invisible en el sistema del Universo. La desmesurada magnitud, el

número y la distancia de las estrellas, cada una de las cuales es como un sol, en cuyo rededor acaso gira otro sistema planetario, basta para conocer que este nuestro Globo apenas aparece en la grande mole de todo el Universo. Pues hé aquí que sobre un breve punto de este pequenito Globo se levanta un incrédulo, cuyo entendimiento apenas es perceptible en el número de las inteligencias criadas, y cuya vida se pierde en la inmensa extension de los siglos y de la eternidad. Este pues, por lo que oye decir á otros, y por lo que él mismo observa y ve, llega inyenciblemente á conocer que esta máquina del mundo es obra de un Ser en todas las perfecciones infinito, cuya gloria anuncian no solamente los cielos, sino nuestra pequeña tierra, y aun las cosas mas minimas que hay en ella descubren su sabiduría, la bondad, el poder, y otros atributos excelentísimos, y admirabilísimos, que exceden infinitamente toda su comprension. Lo admira y lo adora por algun tiempo; pero llevado despues de un orgullo no menos necio que temerario, desde esa pequeña porcion de tierra á que se halla circunscripto, se pone á reflexionar sobre sí mismo, y sobre las cosas que le rodean; y adyirtiendo en la estrechísima esfera á que se extiende su vista, algunas manchas de culpas, de desgracias y de miserias, se atreve á pronunciar sentencia de condenacion contra todo el sistema del Universo ¹. Pagado de sí mismo le acusa de imperfecto, desordenado y defectuoso, y no se avergüenza de llamar á juicio al Omnipotenté, como si permitiendo estos males y desórdenes en su obra, le hubiese faltado el poder, ó la bondad, ó la providencia. ¿Se podrá concebir un delirio mas insensato ni mas altanero? Figúrome que no. Para que hubiese lugar á tu censura, se le podría justamente decir, era necesario estuvieses cierto de que en la idea del Ser infinito y perfectísimo, cual es Dios, no puede haber habido motivos dignos de su sabiduría y de sus otros atributos, que le hayan determinado rectísimamente á permitir, mas bien que á excluir del sistema del Universo, esos particulares males y defectos

¹ Véase á este propósito un célebre pasaje de san Agustin, lib. 1 de *Ordine*, núm. 2.

que condenas como inconciliables con sus perfecciones. En esto consiste el punto cardinal de la controversia. ¿Y lo estás? Hasta que no tengas esa certeza, no tiene lugar tu discurso; porque si en el soberano Autor de todas las cosas hay estos motivos ó razones dignas de su sabiduría, queda justificado en su proceder: el mundo es perfecto, no obstante esos males, y el incrédulo es un necio en sus racionios y conjuraciones. Esto bastaría para convencer á todo hombre sensato; pero conviene dar á conocer al necio su necedad, para que se confunda y avergüence. ¿Sabe él por ventura, está seguro de que en Dios no hay esas razones, que suponemos y decimos? ¿Sabes, ó hombre, aun lo que era necesario para tener esa certeza? Seria necesario comprendieses todo el diseño, no de la metrópoli y de las fábricas de Salomon, sino de todo el universo entero, en el cual todo está íntimamente conexo y enlazado. Seria necesario comprender el plan en la extension, en la duracion y en las relaciones de las partes con el todo y entre sí; seria necesario saber que de la introduccion ó permission de estos males particulares, no solamente no podia seguirse mayor y universal perfeccion y belleza del universo, sino un universal trastorno, desconcierto y desórden ¹: seria necesario además comprender los consejos, miras y fines de la sabiduría divina en la eleccion, creacion, gobierno y direccion de este mundo; y saber con toda certeza que la permission de algunos males particulares no puede conciliarse con aquellos fines, ó que estos fines, aunque dignos por otra parte de un Provisor universal y perfectísimo, no pueden justificarse por ninguna razon que á nosotros sea desconocida. Y ¿qué el incrédulo está cerciorado de todo esto? ¿Tiene el hombre en su mano la balanza para pesar los medios y fines de la providencia de un Dios infinito? ¿Llegará su arrogancia, por no decir mas, á eso?

¿Quién eres tú que como juez te sientas,
Y de lejos objetos infinitos
Con la vista de un palmo ver intentas?

¹ Ninguno ha tratado con mayor delicadeza y verdad esta materia que Santo Tomás. El mismo Wólfo le hace esta justicia. Véase al Santo, lib. 3, *Contra gentes*, cap. 71.

Si ello pues es así, el decantado dilema de que *ó Dios podía y no quería, ó quería y no podía excluir los males del mundo*, es un puro y mezquino sofisma. Porque además del poder y bondad hay en Dios una sabiduría infinita, por cuyos insondables é infalibles consejos se ordenan todas sus obras. Seria necesario pues, oh ciego é ignorante, que conocieses que en esta sabiduría infinita, que abraza el orden y complejo de todo el mundo, y cuyo bien universal y mejor, como Provisor supremo, debe promover, no puede haber razones que justifiquen plenamente la permission de algunos defectos particulares.

IV. *En Dios hay seguramente razones que justifican su rectísimo modo de obrar.*

Por lo cual, así como un deista jamás podrá asegurar sin una extremada osadía ó demencia, que en un Dios, infinitamente sabio y poderoso, no puede haber algunas razones á él desconocidas, que hagan justa, sabia, óptima la permission de estos males en el mundo, lo que debería bastar para contener su lengua, y desvanecer toda censura; nosotros por el contrario tenemos irrecusables y evidentes pruebas de que efectivamente las hay, aunque por menor no las conozcamos. Esos brillantes y luminosos vestigios de bondad, sabiduría y de poder infinito que resplandecen en todas las obras de Dios, que no pueden ocultarse, ni aun á los mas ignorantes y sencillos, que los mas obstinados enemigos no pueden negar, ¿qué otra cosa son sino testimonios de ello? Testimonios que nos conducen como por la mano, de un modo necesario y evidente, á reconocer en él un Ser infinitamente sabio, justo, poderoso, cuyos consejos y caminos ni son ni pueden ser sino *justicia y verdad*; es decir, estar llenos de toda equidad y justicia, como dignos de un Ser infinitamente perfecto. Así pues, cuantas veces veamos ú observemos algun mal en el mundo, digamos para nosotros mismos lo que el mismo Bayle¹ confiesa debemos legítimamente hacer: *El pecado se ve*

¹ Resp. á un Provincial; cap. 165.

introducido en el mundo (y lo mismo se debe entender de los demás males); *sin duda pudo Dios permitirlo sin ofender sus infinitas perfecciones. Ab actu ad potentiam valet consequentia.*

V. *Disúélvese el argumento tomado de los pretendidos defectos de la naturaleza.*

Por evidentes que sean estas reflexiones, tal vez alguno deseará saber cuáles son los argumentos, y en qué forma los presentan los deistas para censurar las obras del supremo, poderoso y sapientísimo Hacedor. Hélas aquí.

Dos son, dicen, ó comunmente se distinguen dos géneros de males: el uno *físico*, y el otro *moral*. El *moral*, que tambien se dice mal de *accion*, consiste en el pecado: el *físico* comprende todas las imperfecciones é irregularidades que á primera vista parece haber en la máquina del mundo, como dolores, enfermedades; y todas las demás cuitas y miserias á que están sujetos todos los animales¹. En razon de estos desórdenes que creian hallar en el sistema del mundo, los antiguos Epicúreos declamaban contra la divina Providencia; y Lucrecio en su libro 5º tomaba ocasion de zaherirla de los bosques incultos, de las lagunas, de las rocas escarpadas, del vasto mar, que ocupan la mayor parte del globo, y son únicamente guarida de fieras y animales; sin omitir la tierra misma, estéril é infecunda si no se la cultiva, las tempéstates, piedras y granizos, y lluvias que la inundan y devastan, y otros semejantes fenómenos desagradables y nocivos, por todos los cuales llegó á exclamar:

¹ Algunos añaden un tercer género de mal que llaman *metafísico*, ó de *imperfeccion*. Pero la privacion de mayores perfecciones, y la *limitacion* que se ve en las criaturas, como sacadas de la nada, no es un mal, sino una condicion necesaria de todo lo que no es el Ser perfectísimo. Véase á Santo Tomás, lib. 3; *Cont. gent.*, cap. 6.

Que no para nosotros fué creado
 Por la divina diestra aqueste mundo,
 De culpa tanta y males seminado ¹.

Exclamacion y censura en verdad muy semejante, si no decimos mas ridícula aun que la del grosero y rústico Africano, que vituperaba las cocinas ahumadas del palacio de Salomon. La ignorancia solo del fin, y de las inmensas utilidades que todas y cada una de estas partes tienen en el sistema del mundo, y que solo se advierten bien considerándolas en union con las demás, y con reflexion al todo, no tomándolas aislada y separadamente, que es cuando pueden aparecer superfluas ó nocivas, es lo que hace explicarse así ². En efecto, todos cuantos

¹ Versu 199.

Nequaquam nobis divinitus esse paratam
 Naturam rerum : tanta stat prædita culpa.

² Léanse las *Reflexiones sobre la naturaleza* de Sturm, y en ellas se verá la admirable sabiduría, bondad y poder de Dios en todos y cada uno de los fenómenos de los tres reinos de la naturaleza mineral, vegetal y animal. La estructura desigual de la tierra tan necesaria para la salubridad y fecundidad de ella : esos meteoros de nieves y escarchas que se nos figuran tan molestos y son tan oportunos para fecundarla con sus sales; la diversidad de frutas segun las diversas estaciones mas acomodadas para la salud; la caña sola del trigo hará admirar la grandeza de Dios, y cuán adaptadas están todas las cosas para sus fines. Los vientos, las lluvias, las tronadas espantosas (prescindiendo del efecto moral que pueden producir, y comunmente producen de contener al pecador, y hacerle volverse á un Dios que puede temer irritado), nada hay, hasta esos insectos parásitos que se sustentan de las plantas enfermas, nada hay que no presente innumerables utilidades. Allí donde el orgulloso filósofo se figura un desorden, el cristiano observador de la naturaleza halla mil motivos para alabar á Dios, que hasta en las cosas mas pequeñas ha querido manifestarse padre bondadoso. Mírense con ojos despreocupados y humildes todas las cosas que pueblan la naturaleza, desde el pequeño granillo de arena hasta la roca escarpada de los Alpes; desde el musgo que nace sobre las piedras hasta el cedro empinado del Libano; desde el pequeñísimo arador é insectillo microscópico hasta el colosal elefante; desde el estúpido asno de las selvas hasta el pongo ú orang-outang, y cuanto mas se consideren, tanto mas será necesario exclamar : Dios todo lo hizo bien. Véase en el tom. 1 del *Catecismo de Feller* el art. de las

descubrimientos se hacen cada dia en las ciencias físicas, nos suministran otras tantas pruebas de la sabiduría infinita del Autor de la naturaleza, presentando nuevos usos ventajosísimos y necesarios de aquellas cosas, que la ignorancia juzga haberse producido en vano. Malpighio, Borelli y Harveo, el primero en la anatomía de las plantas, el otro tratando del movimiento de los animales, y el tercero de la circulación de la sangre, descubierta en su tiempo ¹, nos han abierto un campo inmenso de las maravillas de la sabiduría de Dios en los reinos vegetal y animal. Y no se piense que estos lo han descubierto ya todo. La anatomía del cuerpo humano ofrece cada dia nuevos usos y fines necesarios de cada una de sus partes, cuya utilidad se ignoraba hasta aquí. Léanse las obras del clarísimo Juan Bautista Morgagni, honor de nuestra universidad ², y aun de toda Italia, y quedaremos convencidos. Roberto Boyle, Josias Woodvart, Guillermo Derhan, Isaac Newton y otros muchos dedicados á la astronomía y física experimental, de esta y de la otra parte de los montes, tambien lo testificarán. Ellos han hecho, por decirlo así, el análisis de los elementos : han considerado la tierra, no sólo en la superficie, sino hasta en las entrañas; han examinado los lechos y canales subterráneos, las grutas, las cavernas, las montañas, los valles, los climas, las relaciones, todo el sistema planetario; y en todas partes han encontrado tesoros de sabiduría infinita en la formacion y conformacion de todas sus partes, y en la utilidad que mutuamente se prestan unas á otras, y en la perfeccion y belleza que de todo el conjunto resulta al universo. Omíto á Redi, á Johnston, Gesner, á Lesseri, á Tournefort, á Vallisnieri, y otros mil, que tratando de las plantas y de los animales, grandes y pequeños, no solo nos

Causas finales, tom. 3 de esta *Biblioteca*. No remitimos á las *Études de la nature* de Saint-Pierre, porque los filósofos rara vez dejan de instilar suavemente su veneno. Al que le sea licito, puede verlo tambien allí.

¹ Cuarenta y seis años antes que naciese Harveo habia hablado de ella en su *Christianismi restitutio* el Español Miguel Servet, tan mal teólogo como buen médico.

² Padua, donde era profesor Valsechi.

descubren su perfeccion, mas demuestran tambien su uso y utilidad, los cuales debemos creer se extienden tanto mas, y son tanto mayores, quanto exceden las miras del Artífice supremo á la diligencia de las experiencias y á la delicadeza de los instrumentos de que se han valido para hacerlas ó que jamás pueden emplear. Sin embargo, aun así son mas que suficientes para persuadir, que pues tanta armonía, tan grandes miras y tanta utilidad se descubre en las cosas sobre que se ha ejercitado la humana filosofía, otras no menores deberán hallar en las que no se han examinado, ó cuyo uso nos es aun desconocido, ó á que no nos es dado acercar: lo cual todo persuade que solo unos hombres necios, ó ignorantes, son los que pueden mirarlas como inútiles, ó despreciarlas como nocivas en el universo.

VI. *Bayle arguye con los males físicos y morales del hombre. Indicase el verdadero origen de estos males, y se justifica la Providencia.*

Por eso los Deístas de nuestros tiempos se avergüenzan de alegar, en público á lo menos, estos pretendidos desórdenes en la máquina del universo, y abrazando el segundo miembro de la objecion de Lucrecio, de la condicion del hombre sujeto á la intemperie de las estaciones, á la crueldad de las fieras, á la fatiga, á la incomodidad, á las enfermedades y á la muerte, exagerado todo con pomposa elocuencia; y añadiendo despues á estos males físicos el moral ó el pecado, á que el mismo hombre se abandona, ó por fragilidad ó por malicia, pretenden formar un argumento formidable contra los atributos de Dios, bajo cuyo imperio se halla una criatura tan mala y tan infeliz. Oigamos como sostiene esta causa desesperada el abogado de todos los impíos, Pedro Bayle.

« Si el hombre, dice ¹, es obra de un solo principio » infinitamente bueno, santo, y poderoso, ¿ cómo es » que está sujeto á enfermedades, al frío, al calor, á la

¹ *Diccion. crit.*, art. *Manicheos*.

» hambre, sed, á dolores y pesares? ¿ Cómo es que » tiene tantas inclinaciones perversas, que comete tan- » tos pecados? La santidad infinita ¿ pudo producir una » criatura pecadora? La suma bondad ¿ pudo producir » una criatura infeliz? El poder soberano, unido á una » bondad infinita, ¿ no colmará de bienes á su hechura, » y alejará de ella todo lo que pueda ofenderla ó mo- » « lestarla? » Hé ahí idéntica la censura que hacia el rústico en Jerusalem al ver las cárceles de Salomon, y las penalidades con que en ellas eran varios afligidos; figurándosele que un Rey tan rico y poderoso no debia permitir que ninguno de sus súbditos fuese infeliz y miserable. No sabia él que estos con sus excesos eran los primeros autores de sus propias desgracias, y que Salomon no solo poderoso y bueno, sino al mismo tiempo sabio y justo, debia usar con ellos de unos castigos de que resultan despues la pública paz y el bien comun. Dios ha concedido al hombre la libertad, con la que puede mantener ó traspasar el orden, que es en lo que consiste el bien y el mal moral. El hombre es pues el primero y único autor de este mal, que consiste propiamente en el defecto ó privacion del orden debido á las acciones. Dios, autor y conservador del orden, no menos sabio y justo que bueno, descarga sobre el hombre que abusó de su libertad, aquellos males físicos que son consecuencias de la violacion del orden, y al mismo tiempo penas, con las cuales castigando á los pecadores en particular, promueve el mayor bien del todo, ó sea el orden y la perfeccion universal. La historia de la Creacion, cuya verdad infalible demostramos en el libro 2º de los *Fundamentos de la Religion*, conforme toda ella á estas ideas, nos instruye particularísimamente sobre este punto. Ella nos enseña que Dios no crió al hombre *pecador* ni *infeliz*, sino recto, y además lleno de luces y de fuerzas para conocer sus deberes y cumplirlos. Nos enseña que en aquel estado feliz gozaba de todos los bienes de que ahora está privado: la tierra era fecunda, el aire saludable, los animales obedientes, el cuerpo sano, las pasiones sujetas, y lejos de él los dolores, las miserias, los pesares y la muerte: de modo que el orden primitivo con que fué criado el mundo,

consistía en que todas las cosas estuviesen sujetas y dependientes del hombre, y el hombre sujeto y dependiente de Dios. El hombre era libre para guardar este orden; lo conocía perfectamente y podía guardarlo: ¿lo violó y se sustrajo de la debida sujecion á Dios? Entonces las criaturas todas se sustrajeron de la sujecion á él. El hombre se hizo infeliz cuando se hizo pecador; causó el desorden en el mundo; mas este desorden lo reparó el Provisor supremo, haciendo que el desconcierto de las criaturas entrase en el orden de su justicia, con la que santa y rectamente castigó al hombre. El hombre se rebeló contra Dios, y las criaturas todas se rebelaron contra el hombre. Aquella fué culpa, y esta pena. Hé ahí el orden que hay en el mundo despues del pecado. Pero en este mismo orden se ostenta la bondad del moderador soberano. Su sabiduría hace brillar los efectos de la clemencia entre los rigores de la justicia. El hombre está en verdad rodeado de males, pero á estos mismos males se siguen mayores bienes. La razon descubre muchos de ellos, y la diaria experiencia los demuestra; pero los principales, y sobre todo el máximo y fuente de todos los otros, que es un Hombre-Dios reparador, sola la Revelacion lo manifiesta (*cuya existencia se ha demostrado en el libro 2.º ya citado*): y de tal modo justifica el proceder de Dios, que quien está dotado de aquella divina luz, como los Cristianos, conoce y llama feliz la misma culpa que fué reparada con tal remedio, y tiene por afortunados los males á que sucedió este bien infinito por la clemencia y sabiduría de Dios.

VII. *Preséntase en toda su fuerza la objecion de los Deistas, y se demuestra su vanidad.*

Pero demos lugar á la razon: oigámosla primero hablar siniestramente por boca de los enemigos de la Providencia; y escuchemos despues tambien cómo les responde por la de los Católicos. ¿Por qué, dicen algunos, no crió Dios al hombre sin libertad, si habia de abusar de ella, y por consiguiente atraer sobre sí tantos males? ¿Pregunta vana! El hombre sin libertad no seria

hombre, sino bruto; y si era incapáz de culpa, tambien lo seria de mérito. — ¿Mas por qué al menos no lo crió impecable? — Porque lo crió de la nada. En su origen poseia el principio *inajenable* de su *defectibilidad*. Por su creacion era recto; pero no era la rectitud por esencia. Podia pues apartarse del camino recto, y pecar como pecó. — Pero Dios previó tambien su caida, y podia con su gracia sostenerle y no permitir que cayese: ¿cómo pues un Padre¹ infinitamente bueno permitió tanta fatalidad en su obra? — El poder y la bondad de Dios obran siempre de acuerdo con los otros atributos divinos. Absolutamente hablando, podía Dios impedir la caida del hombre; pero su sabiduría infinita que gobierna el universo, y dirige y atempera los efectos de todas las divinas perfecciones, tuvo motivos y miras dignas de su Ser para no impedirla, y esto santa, recta y sabiamente.

¿Y cuáles son, replican los libertinos, esas miras y esos motivos que prevalecieron en Dios?—El entendimiento criado con sus débiles luces no puede percibir las circunstanciadamente. — Luego no las hay en Dios. — ¡Consecuencia necia! Sin embargo, esta es la grande ilacion de todo el deístico raciocinio. A eso se reduce toda la dificultad de ese pretendido argumento indisoluble fundado únicamente en esta proposicion, que ni se puede concebir mas falsa ni mas inepta; á saber: «Un Ser infinito y perfectísimo, cual es Dios, no puede ver ni saber mas de lo que puede saber y entender un entendimiento finito, limitado ó ignorante, cual lo es el de todos estos Deistas.» Vuélvanse hácia el lado que quisieren, esta es la base de su raciocinio y el fundamento en que se apoyan para argüir de la permission del mal contra la providencia de Dios. Porque si hay en Dios razones, por las cuales, atendido el orden general

¹ El simil de un padre que no podria excusar la nota de cruel, no impidiendo el precipicio y muerte de un hijo, aunque repetido por los deistas, no es del caso, ó lo seria solamente cuando aquel padre no tuviese la precision de atender á otras cosas de muchísima mayor importancia y urgencia. Y entonces, aunque permitiese el precipicio de su hijo, no seria en ello cruel sino sabio y justo. Véase á Santo Tomás, *part. 1.ª, quæst. 22, art. 2 ad secundum.*

de las cosas, ha debido permitir el mal y no impedirlo, es muy cierto que su permission está justificada. ¿Y las hay? El mismo hecho de la permission lo acredita, y el mismo Báyle lo tiene por una demostracion invencible. Propongámosla: Un ser perfectísimo, cual es Dios, ha permitido el pecado: luego ha tenido razones dignísimas para permitirlo, sin ofensa alguna de sus perfecciones infinitas. Los libertinos nada tienen que oponer á esta demostracion, la cual no puede negar sino la propia ignorancia que no comprende distintamente cuáles sean estas razones, que por otra parte se demuestran existentes. ¿Qué modo puede darse mas extraño de razonar, que por no poder comprender lo que es obscuro é incomprensible, negar lo que es evidente? Yo tengo evidencia física de que hay cuerpos. Mas si alguno me pregunta, cuáles son los primeros principios físicos que los componen, no sé ciertamente qué responder. Si me preguntan si un cuerpo se compone de *puntos* ó de *partes*, me hallo en un obscurísimo laberinto: porque si digo que se compone de *puntos inextensos*, al punto me presentan la dificultad insuperable de ¿cómo muchos puntos *inextensos* pueden componer una cosa *extensa*? Si digo que el cuerpo se compone de partes extensas, y por consiguiente divisibles hasta el infinito, se ofrece otro no menos terrible escollo, á saber: cómo en un pequeño globo de márfil, por ejemplo, puede haber infinitos extensos, y no formar una extension infinita. Las *incommensurables*, que divididas en partes tan pequeñas cuanto se quiera, nunca podrán tener una medida comun, y las *asintotas apolonianas*, que se acercan siempre sin jamás tocarse, son consecuencias necesarias de la naturaleza de esta extension. Y sin embargo, por esta obscuridad que se halla en la composicion del cuerpo, jamás claramente explicada aun por los mas sutiles ingenios; por estos misterios que chocan á primera vista, ¿renunciaré á la evidencia que tengo de la existencia de los cuerpos? Sé muy bién que ha habido hombres extravagantes que los han llegado á negar; pero su extravagancia no merece imitacion. Luego si nuestro entendimiento, teniendo cada dia pruebas sensibles de su cortedad, en especial cuando se toca á lo infinito (como

sucede en las matemáticas á cada paso), no por eso abandona lo que conoce con evidencia, aunque no pueda explicar algunas de sus relaciones ó consecuencias; ¿porqué no ha de seguir este mismo método respecto á las demás cosas? Solo un trastorno de la razon puede justificar el modo de pensar de los Deístas en este punto. No pudiendo negar que Dios es un Ser perfectísimo é infinito, de donde se deduce con evidencia en general la santidad y rectitud de todos sus procedimientos en el gobierno del mundo, sin embargo, ¿quieren ponerlas en duda y murmurar solo porque no descubren sus particulares razones y miras en todos esos procederés? ¿No advierten que estas no pueden faltar en él, que es la santidad y rectitud por esencia? ¿que solo puede conocerlas el que comprende todo el plan de esta grandiosa máquina, en la cual todo está conexo, todo ordenado? ¿que solo considerando las cosas en esta union, y bajo este punto de vista, se ve el orden de las partes, que mirándolas separadas parecen faltas de él y de perfeccion? Y porque nuestros débiles alcances no se eleven hasta aquel modo de contemplacion, ¿tendremos el indecible orgullo y necedad de censurarlas? Pero pongamos término ya á este capítulo, y recreemos el ánimo del lector con los hermosos versos que sobre este asunto hizo en el Anti-Lucrecio el Cardenal de Polignac, que traducidos á nuestro idioma dicen así ¹:

Pero ¿con cuál derecho acusar osas
Al que esta hermosa máquina creara,
Compuesta de unas partes tan hermosas
Cuyo curso sin él luego parara?
¿Tanto en orgullo estúpido rebosas
Que juzgues que con él rivalizara
Tu mezquino poder, triste gusano,
De quien hasta el pensar está en su mano?
¿Persuádirme podrán tus imposturas
Que, aunque admirable por doquier se ostente
El sumo Creador en sus hechuras,
Claros reflejos de su faz luciente,
Fueran estas mas bellas y mas puras
A ser productos de tu débil mente

1. Anti-Lucrecio, lib. 11, v. 772.

Que se pierde en un átomo invisible?
 ¡O del mortal orgullo incomprensible!
 Si de tu cuerpo y su oneroso peso
 Libre (plúguiese al cielo) en algun día
 En la mente divina el embeleso
 Dado te fuera ver de cuanto cria,
 Confundido notaras el exceso
 De tu crítica necia como impia:
 Al observar el orden y belleza
 Que encierra en cada ser naturaleza.
 Tal vez en lisa tabla hábrás notado
 Confusas líneas, ó mas bien borrónes,
 Que mil figuras forman de contado
 Sin orden y sin plan, ni relaciones:
 Todo informe aparece y embrollado
 De curvas y de mixtas á montónes:
 Sin que en todo el conjunto mas se vea,
 Que un caprichoso objeto sin idea.
 Mas si un cilindro en medio se eoloca
 En justa proporción y óptico punto,
 El la aparente confusion disloca,
 Haciendo de sus rasgos un conjunto:
 Su lisa superficie los convoca,
 Y formando ya un solo y fiel trasunto
 Salen de tan confuso hacinamiento
 La hermosura, el color y el movimiento.

CAPÍTULO IV.

El exámen de los sistemas de los libertinos sobre el origen del mal, es una prueba evidente del trastorno de su razon.

1. Los incrédulos, abandonando el dogma de la Religion sobre el origen del mal, siguen hipótesis las mas necias y repugnantes.

El sistema que nos enseña la Religion sobre el origen del mal no puede recusarse por un sano entendimiento; pues se funda en la evidencia de la existencia y perfecciones de Dios. Y estamos tan distantes de creer que nuestra rudeza en penetrar todas las razones y designios

del Moderador soberano sirva para hacer vacilar estos dogmas, que antes en el dictámen de los sabios admirablemente los establece y consolida. En efecto, ¿qué maravilla es que un entendimiento finito y limitado no comprenda todos los pensamientos de un Ser infinito? Sin embargo, parecerian dignos de alguna excusa los impíos en abandonar estos dogmas, y seria menos horrible el trastorno de su razon, si, para explicar los fenómenos y salir del embarazo de las dificultades que sobre este asunto exágeran, ofreciesen alguna hipótesis al menos plausible. Pero aquí puntualmente es en donde se echa de ver su obcecacion. Abandonado el partido á que se debe acomodar todo hombre sensato, se acogen á sistemas los mas absurdos y repugnantes, y los mas intrincados é incoherentes que se pueden concebir.

II. *Primera hipótesis. Se destruye por el mismo principio con que se establece.*

Sigámoslos en las hipótesis que se fingen. Algunos han pretendido cortar como héroes el nudo de un golpe. ¿Hay, dicen, tantos males físicos y morales en el mundo? Luego no hay un Dios sabio, infinito, bueno y omnipotente. Así han llegado algunos á discurrir sin el menor miramiento, y pienso no ir muy lejos de la verdad sospechando que á esto mismo se dirigen todos los amaños de nuestros Deístas, aunque un resto de pudor los contenga aun para no pronunciar abiertamente esta espantosa consecuencia. Pero oigan como discurre sobre el particular Santo Tomás de Aquino, y respondan, si saben como, á sus razones. « Boecio, dice el Santo¹, introduce » en el libro 1^o de *Consolatione* á un filósofo discurrendo y » razonando de este modo: Si hubiese Dios, ¿de dónde » habria venido el mal al mundo? — No es este el legítimo modo de discurrir, responde el santo Doctor: debiera ser al contrario, á saber: hay mal; luego hay Dios. » — ¿Cómo? — Porque no podria haber mal si no hubiese orden en el bien; pues en la privacion del bien » consiste el mal. Y este orden en el bien no lo habria si

1 Lib. 3, *Contra gentes*, cap. 71.

